

Calixta y el Espejo Azul [Las aventuras de Calixta #1]

Aura Rodríguez



Capítulo 1

CASA NUEVA

Los cambios siempre asustan, pero Calixta no pensaba así, a ella le ponían de mal humor. Vivió muy cómoda y feliz en uno de los condominios más influyentes de la ciudad, sus padres no eran ricos pero sí con buenos empleos como para darse el lujo de tener un amplio apartamento... hasta que se les ocurrió la grandiosa idea de mudarse al campo, lejos, muy lejos de todo a lo que ya acostumbraban tener.

El día en que sus padres le dieron la noticia tuvo que encerrarse en el baño por tres horas para que no le vieran llorar y quejarse una y otra vez. Luego llamó a sus amigas para darle la fatídica noticia, y lloraron por dos horas más. Sus padres le dieron la oportunidad de compartir con sus amigas todo un viernes, y al próximo día ya se estaban mudando. Ella quería desaparecer.

Y ni hablar de su nombre. Estuvo hasta los doce años quejándose con sus padres por haberle puesto algo tan medieval y feo, y la mudanza lo empeoraba todo, porque los nuevos vecinos la mirarían como un bicho raro y ella no podría hacer nada. Por lo menos en su antigua zona, luego de varios años, ya no le molestaban.

El sábado en la noche, tras el arduo trabajo de desempacar cajas y más cajas, se reunieron todos en la pequeña pero cómoda sala. El suelo de madera pulida y recién pintada rechinaba bajo el tamborileo de los pies de Calixta. Ella no se quejaba del lugar, cuando vio la hermosa casita de madera, pintada y arreglada, y entró a comprobar su interior, se dio cuenta de lo hogareña y tierna que era. Su problema era con las despedidas y el mal humor de comenzar algo desconocido.

—Cali, por favor, ya para —le dijo su madre, mirándola con ternura desde el otro extremo de la sala.

Calixta dejó de golpear el suelo con sus pies. Acomodó los brazos al costado del sillón y se mantuvo en silencio. El padre escogió una película para compartirla juntos, ya era hora de ver alguna de acción. Ella hizo un sonido extraño y arrugó la frente al ver la película elegida.

—¿No te gusta? —preguntó su padre con diversión—. Si quieres pongo algo romántico.

—Papá...

—¿Qué te parece... —Miró la lista de opciones—Note Book?

—¡Ni aunque estuviese ciega! —Puso cara de repulsión mientras la madre se echaba a reír—. Mejor veamos al capitán ese con el escudito de la estrella. Parece gay —dijo esto último más para sí misma.

A mitad de la película, Calixta estaba tan metida en ella que todo su cuerpo estaba inclinado al frente. Su madre había preparado palomitas de maíz a gran cantidad, y la boca de Calixta no paraba de moverse. Tenía las mejillas infladas. Su emoción estaba a tope, pero lo disimulaba muy bien.

—Ja, eso lo hago yo —dijo el padre al ver una escena donde el capitán corría a toda velocidad.

—Cariño... la última vez que corriste acabaste tumbado en el suelo del antiguo apartamento, con los pies enredados al cable de la lámpara, ¿recuerdas?

Él levantó las manos y no dijo más. Al terminar la película, Calixta acabó aceptando que estuvo realmente buena. Eran las 9:30 de la noche.

—La próxima podemos ver una de terror.

—Hija, eso daña tu psiquis.

—Tonterías. Tengo 17 años, a esta edad se ve de todo —comenzó a ayudar a su madre con los envases vacíos para llevarlos a la cocina—. Con el nombre que decidieron ponerme ha sido más que suficiente como para...

—Eh, cariño, ya lo hemos hablado, ¿no? —se adelantó el padre—. Tienes un nombre especial, escogido solo para ti de entre tantos.

—Sí, esa es la parte que ya sé. La parte que no me han contado es la interesante. —Dejó los envases dentro del fregadero y caminó sin ánimos hacia la escalera que daba a las habitaciones. Ya había tenido esa conversación antes.

—Que duermas bien, Cali —le dijo su madre antes de verla subir.

— ¡Y ustedes!

El piso superior solo era ocupado por dos habitaciones y un baño. El de Calixta quedaba en dirección al frente de la casa, desde una pequeña ventana podía espiar a los vecinos. No era un espacio muy grande, pero sí lo justo como para caminar libremente. Su cama quedaba cerca de la ventana, y al caer la noche la claridad de la luna se colaba por ella. «El

mismo efecto tendrá cuando salga el sol», pensó ella, dejándose caer sobre las acolchonadas sábanas púrpura tras ponerse un pijama de camisa con mangas largas y pantalón largo que casi cubría sus pies. Ese era su color favorito. El armario quedaba a su derecha, cerca de la puerta, y de él colgaban curiosos amuletos, herencia de sus abuelas maternas. Su tocador también tenía amuletos colgando de las esquinas del espejo, y a su llegada se aseguró de poner los cuadros abstractos contrapeados en las paredes. Era un buen lugar para descansar, también para dibujar, que era una de sus más grandes pasiones. Desde niña lo hacía, pero nunca encontraba la explicación a cada uno de sus dibujos: siempre, en cada uno de ellos, un pequeño dragón gris asomaba la cabeza tras algún árbol, o ventana, o puerta, o aparecía en el reflejo del agua. Le gustaba pensar que era un simple efecto del gusto por los dragones.

—Vas a terminar con una cola algún día, Cali —se dijo en voz alta, resoplando sin mucho ánimo.

Pero no tenía sueño, dio vueltas en la cama un par de veces y al final decidió levantarse. Espiar a los vecinos a las 10 de la noche parecía una buena idea. Pero cuando se asomó por la ventana toda la emoción se esfumó: los vecinos dormían.

—¡Pero qué gente tan aburrida!

Se acomodó en el tocador, buscó su libreta de dibujos y un lápiz, quizá eso le ayudaría a dormir. Justo al momento de sacar el lápiz de su pequeño cajón, este cayó rodando por el suelo, hasta detenerse en una esquina de la pared justo al lado del armario.

—Perfecto, lápices que ruedan lejos en un suelo plano —dijo con sarcasmo, virando los ojos.

Se levantó con pereza y llegó hasta el lápiz, fue entonces cuando le pareció escuchar su nombre, como un eco que se desvanecía en todas direcciones.

"Calixta... Calixta..."

—Claro, ahora tendremos fantasmas. Uy, mira qué miedo.

Pensaba que era solo producto de su mente, pero quedó confirmado que no lo era: al tomar el lápiz, una compuerta se abrió, justo al lado del armario, mostrando los primeros escalones de lo que parecía ser un pasadizo en descenso. Calixta abrió los ojos y la boca, pero no salió ningún grito. Ella estaba maravillada.

—¿En serio, un sótano? —Se echó a reír, aún doblada sobre sus pies.

Pero no parecía ser algo peligroso, porque del pasadizo salía una luz azulada, clara como el cielo. «No puede ser malo», pensó, al fin y al cabo ella era muy curiosa. Agarró el lápiz y se dispuso a entrar. El camino era estrecho, las escaleras parecían no tener fin, y según iba bajando la luz azul se tornaba cada vez más oscura e intensa. Calixta volvió a escuchar el eco de su nombre. ¿Sería que alguien o algo la esperaba al final? Aquella voz de mujer sonaba dulce y serena, igual como cuando su abuela Elizabeth la llamaba para darle alguna sorpresa.

Al final de los escalones se encontró con un pequeño espacio vacío. Parecía ser viejo, las paredes estaban llenas de polvo, pero se notaba la pintura color crema a través, el suelo tenía manchas de tierra y en el techo no había ninguna bombilla. Por las marcas del suelo parecía que antes hubo muchas cosas allí. Lo único que vio fue un hermoso espejo azul bordado de metal, con acabados en círculos. El espejo brillaba con intensidad.

—¿Qué es esto? —Estaba asombrada, no podía explicar el intenso color azul que emanaba del espejo.

Se acercó con cautela, y a cada paso que daba el brillo era mayor. Volvió a escuchar el eco de su nombre, y para mayor sorpresa salía del espejo. Levantó la mano, estiró los dedos.

—Tal vez... si solo pudiera...

Entonces observó como el espejo ya no la reflejaba a ella, sino otra cosa.

—Pero, ¡¿qué rayos?! —gritó.

El espejo mostraba lo que parecía ser un bosque, enormes pinos en todo el fondo y un sendero, pero se veía todo azul. Dio pasos atrás, no estaba asustada, pero aquello significaba solo una cosa: estaba soñando. Calixta no dejaba de observar el espejo y lo que mostraba, parecía que el cristal se movía como las olas del mar, y alguien seguía susurrando su nombre.

"Calixta... no tengas miedo."

—Ya estoy. Es un sueño, saldré de aquí y despertaré en mi cama.

La risa de una niña salió del espejo.

"Cali, entra al espejo. Cali..."

Ahora, la voz de la niña cantaba mientras la invitaba a entrar. Pero,

¿entrar para qué?

—No tengo nada que perder si estoy soñando —dijo para sí.

Tomó valor y volvió frente al espejo. Infló sus pulmones, levantó la mano y tocó el espejo. Este hizo ondas y un leve sonido hueco que se repetía. Una parte de sus dedos estaban dentro del espejo, era una locura. Se animó a seguir, metiendo toda su mano, luego el brazo y de pronto...

—¿Ah?

Estaba ella dentro del espejo, frente a un hermoso bosque.

Capítulo 2

ESPEJO AZUL

Con los ojos bien abiertos vio maravillada el esplendor de un bosque de hojas púrpura. Toda hoja y césped era de ese color. Los tallos, ramas y troncos eran de un marrón claro, como si la corteza estuviera limpia y nueva. Miró a su derecha e izquierda: estaba rodeada de pinos, arbustos, césped y flores, estas últimas de todos los colores que podía imaginar.

—Esto es... maravilloso —dijo en voz baja, contemplando la majestuosidad del bosque.

Bajo sus pies, un sendero de tierra indicaba el camino, dobló sus rodillas y tomó una hoja del suelo. La frotó contra sus dedos, le dio vuelta y la miró de cerca, era una simple hoja púrpura. La dejó caer al suelo y comenzó a caminar, dio una mirada atrás, el espejo permanecía colgando de una pared de piedra, baja como un muro. Al otro lado se veía el sótano vacío. Ella estaba... al otro lado, y era increíble.

"Calixta... ya estás en casa."

Aquella voz de mujer se escuchó más cerca, pero ya no era un eco, estaba muy clara en sus oídos. Miró a todas partes pero no encontró a nadie. Levantó los hombros y continuó la caminata, asegurándose de ir por el sendero recto, sin desviarse.

Entonces vio una figura moverse entre los arbustos al costado izquierdo.

—¿Hola? Yo... necesito ayuda —murmuró con cuidado—. Estoy perdida.

Pero no hubo respuesta. Calixta se quedó inmóvil, pensando que así mostraría su buena fe.

—Por favor, no te haré daño.

El arbusto se agitó de nuevo, y una cola áspera y escamosa se dejó ver. Era gris y pequeña, como la de un... ¿dragón? Calixta sintió miedo, estaba en un lugar desconocido, rodeada por cosas que no podía explicar. Miró el cielo, embobada, era de un turquesa oscuro.

—Es de noche.

Desde el arbusto la figura le habló de forma clara, pero su voz sonaba áspera, como si se esforzara por hacerse entender. Calixta, inmóvil por la impresión, vio como dos ojos amarillos se dejaban ver entre las pequeñas

ramas.

—Tú eres... y hablas, y tu cola... —habló tartamudeando.

—Soy un dragón. Cuido este lugar.

—Oh... por... ¡Dios!

Empezó a correr hacia el espejo. De entre todas las cosas que imaginaba, de todas las cosas que llegó a soñar y desear, estaba el hecho de ver un dragón real, pero ella sabía que era pura fantasía, que nada de aquello podía ser cierto.

—¡Un dragón! ¡Hay un dragón que me habla! —gritaba eufórica mientras llegaba al espejo.

No lo dudó dos veces y enseguida alargó su mano para volver al sótano. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, estaba sobre su cama, exaltada y con las sábanas hechas un lío. Suspiró con alivio.

—Un sueño. Ya pasó.

A la mañana siguiente despertó más tarde de lo usual en un domingo. Ya era la hora del almuerzo. Le agradeció mentalmente a sus padres por dejarla dormir. Se tocó los párpados un par de veces y se dio el gusto de estirarse hasta relajar sus huesos.

—¿Qué haré hoy? Rayos, no quiero desempacar nada.

Estaba muy cansada de vaciar cajas, pero no era tan mala como para dejar a sus padres solos en la tarea. Con la incertidumbre del día se levantó, buscó un jean corto y una blusa negra para cambiarse y bajar. Mientras bajaba escuchó la voz de su padre, parecía nervioso.

—Buenas tardes, querida —le dijo su madre al cruzar con ella frente a la escalera—. El almuerzo está listo.

—¿Todo bien? —preguntó Calixta.

—Sí, cariño. Tu padre solo atiende un antiguo cliente. Nada de qué preocuparse.

Ambas entraron al comedor. La comida olía realmente bien. Su padre terminó la llamada y se unió a la mesa. En medio de la comida, su padre miró a Calixta con curiosidad.

—Oye, esta mañana encontramos uno de tus libros de dibujo. ¿No te

gustaría estudiarlo y hacerte de una profesión?

—Pues, no lo he pensado. Creo que son dibujos tontos.

—Para nada —dijo la madre—. ¿Sabías que tu bisabuela también disfrutaba dibujar? Era muy buena, así como tú. De hecho, de las pocas cosas que aún tenemos son varias hojas de dibujo. Deberías verlas.

—¿En serio? —Su madre afirmó con la cabeza—. Me gustará.

—Pero te advierto, ella tenía una excelente fuente de imaginación. Pintaba hermosos dragones y hadas, y ni hablar de los paisajes, montañas plagadas de flores rosa y blanco.

Calixta sintió como toda la sangre se acumulaba en su rostro.

Esa tarde Calixta se entretuvo mirando en la caja de "hojas sueltas familiares". Allí encontró, en efecto, uno de sus libros de dibujo. Sintió remontarse a la edad de sus 10 y 13 años, cuando estuvo muy activa dibujando personajes fantasiosos, castillos encantados, o lo que ella llamaba "fábricas de sueños".

Se detuvo un buen rato admirando las viejas y arrugadas hojas de papel donde su bisabuela depositaba sus creaciones. La joven admiraba cada dibujo, con una mezcla de incredulidad. La mayoría eran a lápiz, seguramente sus padres no tenían suficiente dinero como para adquirir distintos colores, solamente tenía los básicos. En varias hojas aparecía un hermoso dragón que jugaba con una esfera de cristal color rojo. Entonces Calixta abrió los ojos y, conteniendo el aire, corrió escaleras abajo en busca de sus padres, con papel en mano.

—¿Mamá? ¡Ven aquí, por favor! —Su madre apareció, tenía puesto un delantal blanco.

—¿Qué sucede?

—¿Habías visto esto antes? —Calixta le mostró el papel, donde un hermoso espejo azul colgaba de la pared.

—Cali... —La madre estaba sorprendida y alegre—, ¿esto estaba entre los papeles de la abu?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Claro. Fue lo último que dibujó. Nos dijo que lo cuidáramos bien. —Sus ojos se nublaron un poco.

—¿Sabes lo que significa?

—Honestamente, no. Pero es un hermoso espejo.

Si ella no sabía nada, era obvio que la bisabuela no le debió contar nada. Sin duda era el mismo espejo azul, lo supo por los bordados, y la singularidad del brillo azulado. Pensó que no debía contarles sobre lo que vio, lo que soñó, o lo que hubiese pasado.

—Vale. Lo guardaré con los otros dibujos en mi libro, ¿está bien?

—Seguro, linda. Cuídalos bien. Ya pronto está la cena.

Calixta estaba repleta de preguntas, de ansiedad y emoción. Si su bisabuela dibujó aquel espejo solo significaba una cosa: ella también lo vio, y de seguro cruzó al otro lado.

Esa tarde, la familia Márquez cenó junta. Hablaron un rato, pero Calixta estaba lejos, con su mente en aquel bosque de hojas púrpura. Sus padres no la presionaron, pensaban que debían darle un poco de espacio debido al cambio de hogar. La motivaron a llamar a sus amigas, quizá eso la entretuviera. Pero ellos no sabían lo que Calixta tenía en mente.

Al caer la noche, la madre subió a la habitación de su hija, antes de dormir.

—Que tengas buenas noches, cielo. Mañana quiero proponerte una cosa.

—De acuerdo. —Sonrió.

Esperó a que su madre se fuera y pasaran algunas horas, debía asegurarse de que sus padres estuvieran dormidos. Quería volver, o asegurarse de que no fuese un sueño, porque lo presentía, muy en el fondo su consciencia le gritaba que todo era real.

«Bien, ya es hora».

Se puso sus pantuflas negras y dio un buen respiro. Luego bajó de la cama, mirando atentamente la esquina de la pared, donde aquel pasadizo se abrió. Por favor... que sea real, pensó. Dio varios pasos, escuchando el suelo crujir. Llegó a la esquina, y tras varios segundos, se abrió la madera, dejando ver el pasadizo.

«¡Sí! No estoy loca. Ja, ja».

Entró deprisa, bajando los escalones con agilidad y emoción. Al final, en el sótano vacío le esperaba el espejo azul, brillando intensamente. Dio una última mirada atrás, al parecer la entrada se cerró. Volvió al espejo y

alargó la mano para cruzar.

Cuando abrió sus ojos se encontró en el mismo lugar, frente al sendero. Todo era igual, el bosque, el cielo turquesa oscuro, las hojas púrpura. Esta vez se sentía en confianza, aquel dragón no pareció tener intención de hacerle daño, fue ella la que se llenó de miedo, pero ¿quién no?

—Pensé que no volverías. Mi familia hizo una apuesta.

Calixta reconoció la voz del dragón enseguida. Debía estar entre los arbustos cercanos. Dio un par de pasos para acercarse más, pero seguía sin poder verlo.

—Perdón por haberme ido como lo hice. No es... No existen dragones en el lugar de donde vengo.

—Lo sé —dijo a secas.

—¿Entonces perdiste la apuesta?

—Sí. Por suerte solo fueron algunas semillas.

—¿Puedes decirme cómo funciona el espejo?

El dragón salió de su escondite, y Calixta pudo verlo al fin con claridad. Era un tanto más bajo que ella, sus ojos eran de un amarillo intenso, de piel escamosa y cola larga, pero lo que más llamaba su atención era el color de la piel; gris perlado. El dragón se sentó frente a ella, tenía una pequeña nariz, también la boca, que parecía sonreírle.

—Ya has visto lo que hace, te transporta a este bosque. Aunque eso depende de dónde lo encuentres.

—¿Te refieres a que puedo moverlo y apareceré en otro lugar?

—No puedes moverlo, el espejo aparece donde sea necesario, y depende del lugar es donde podrás transportarte.

—Y, ¿este lugar es...?

—No es otro planeta, si es lo que piensas. Estamos en otra dimensión de la tierra.

Calixta no podía salir de su asombro, simplemente todo le parecía fantástico.

—¿Qué te parece si te presento a mi familia y así descansas algo? Puedes

quedarte el tiempo que quieras.

—Pero... ¿y el otro lado? Mis padres me matarán si no me encuentran.

El dragón levantó su cabeza y extendió dos alas, de esa forma se veía más grande. Eran ásperas y delgadas. Las aleteó y volvió a guardarlas.

—Al otro lado el tiempo se detiene.

Quería decir más, pero no pudo. Calixta no sabía qué palabras usar para describir la maravillosidad. Sí, esa palabra cobró sentido justo en ese momento.

—El espejo azul tiene un propósito, Calixta.

—¡Sabes mi nombre! —exclamó con sorpresa.

—Sí, y te contaremos más cuando conozcas a los otros.

El dragón comenzó a caminar lentamente por el sendero y Calixta lo acompañó. Si el tiempo se detenía como aseguraba su acompañante, no tenía nada que perder. Y de paso podía disfrutar de todo lo que sus ojos veían, sin importar si aquello era real o no.

Capítulo 3

GÖRHIL Y SU FAMILIA

Mientras andaban por el sendero, Calixta se detuvo un par de veces para observar las flores más de cerca. Cada una de ellas era singular, con tonalidades increíblemente brillantes y distintas formas geométricas. Sí, algunas flores eran triangulares. El aire era iluminado por diminutos puntos blancos que brillaban cada dos por tres, y el olor intenso a pinos era dulce.

—Son Tinklers. Pequeños seres con alas. Brillan en la noche por luz propia, ayudan a alumbrar el espacio.

—¿Ah? —interrumpió la chica extrañada.

— Todos los puntos que ves en el aire.

Calixta le dio una sonrisa y continuó observando todo con atención. A lo lejos se escuchaba el canto de grillos, ranas y aves. Muy similar a lo que había al otro lado del espejo azul. El cielo turquesa oscuro parecía moverse por fuerza propia en cualquier dirección que deseara, provocando un efecto casi exacto a la aurora boreal.

—Ya falta poco. A la izquierda está nuestra casa.

—Entonces, ¿los dragones tienen casa como si fueran...?

—¿Humanos? No exactamente. Nuestro hogar es más parecido a lo que ustedes llaman "casa de hobbit", solo que a mayor escala.

—¡Asombroso!

—Lo es, excepto en la temporada diluviana.

—¿Llueve mucho? —supuso que se refería a un diluvio.

—Ochenta días corridos.

—¡¿Qué!? ¿Sin parar?

—Sin parar —afirmó.

El dragón se detuvo y miró a su izquierda. Calixta siguió la mirada y se encontró con una enorme y amplia casa al estilo hobbit. Debía ser tan larga como dos canchas de baloncesto y tan alta como un edificio de cinco pisos. Estaba cubierta de césped, y sobre él, muchos hilos blancos

sostenían pequeñas esferas parecidas a los globos, todas brillaban con tonalidades entre blanco y gris claro. Calixta estaba tan sorprendida que no se dio cuenta de tener la boca abierta. Jamás imaginó algo parecido. ¿Así vivían los dragones?

—Vamos. Te presentaré a toda mi familia.

Pero ella no se movió. ¿Y si la atacaban? ¿Y si no era bienvenida? El dragón notó la duda en los ojos de Calixta y extendió su ala derecha para pasarla detrás de su espalda, simulando un abrazo.

—No hay nada que temer. Serás recibida con mucha emoción. No es la primera vez que una Calixta nos visita.

Su comentario no pasó por alto. ¿Qué quiso decir con una Calixta? ¿Eso quería decir que...?

—¡Görhil! ¿Qué haces allá fuera con...? Oh, por Yertum, ¡es una humana!

La enorme puerta de madera se abrió, dando paso a un dragón más grande que el acompañante de Calixta. Era muy parecido, solo que más grande y de ojos verdes. Estaba tan asombrado por la llegada de la humana que volvió al interior, murmurando y dejando la puerta abierta.

—Te caerán bien. Vamos.

—¿Quién es Yertum? —susurró ella.

—Es uno de nuestros dioses —respondió con naturalidad.

Por las redondas ventanas de la casa se apreciaba un cálido interior, y al parecer todo era tallado y construido en piedra. Las ventanas estaban enmarcadas con madera pulida, y bajo ellas, múltiples florecillas permanecían cerradas.

—Son Ampolias, duermen de noche —le dijo el dragón—. Por cierto, dejaste tu lápiz en el suelo la primera vez que viniste. Lo he guardado en mi cofre. Te lo daré junto con otras cosas.

Cuando Calixta cruzó la entrada, vio con maravilla cada detalle del interior. Todo era tan cálido, un solo piso lleno de paja, hojas y tierra. A un lado estaba la enorme fogata, destellando chispas de fuego, seguido por mesas de piedra, del techo colgaban candelabros que permanecían encendidos por sí solos, las llamas se movían en una danza continua. Luego, al otro extremo, estaba lo que Calixta asumió sería la cocina, pero esta era más bien ocupada por un enorme tope de piedra, con dos grandes huecos. Las manchas de sangre le confirmaron que ahí se cortaba carne. En otra esquina, apartado de todo, vio lo que parecían ser establos.

Eran grandes, separados por gruesas paredes de piedra, y en vez de tener una puerta, solo había un hueco medio circular por donde entraba el dueño de la habitación. Se mordió el labio para no echarse a reír al imaginar dragones durmiendo comparados con caballos.

—Has de ser tú.

Su voz era femenina. Frente a ella, una dragona de ojos amarillos la observaba. Movía la cabeza lentamente y su cola descansaba entre sus anchas patas. Toda su piel era escamosa, de un gris verdoso. Calixta no quiso imaginar cuán grandes debían ser sus alas.

—Yo... yo so-soy Calixta. M-mucho gusto —se sentía tan pequeña. Si la dragona abría la boca, ella sería tragada de un solo mordisco.

—Mi nombre es Uria, soy la madre de Görhil. Él es Gödmel, mi esposo —señaló con la cabeza al dragón que se encontraba al otro extremo del hogar, el mismo que los encontró afuera. Miraba una extraña piedra roja ovalada—. Y las de allá son Verlam y Rulpa, nuestras dos hijas.

Calixta observó a las dos pequeñas dragonas que jugaban con... ¿pequeñas hadas? Sonrió al encontrarles parecido con la famosa Tinkerbelle.

—Disculpa que no me haya presentado antes —dijo Görhil en un susurro. Por fin ella sabía su nombre—. Nuestra casa es tu refugio ahora, siempre que lo desees.

—Oh, sí. Estamos tan felices por encontrarnos con otra Calixta —dijo la madre.

—Pues, la verdad, no sé por qué dicen otra. ¿Hay más Calixtas?

—Görhil —lo miró con reprimenda—, ¿acaso no le has contado ya?

—Es que... —trató de excusarse.

—¿Contarme qué? —interrumpió sin comprender a qué se referían.

Uria abrió levemente los ojos, parecía muy emocionada. Sonrió con ternura. "Jo, igual que mamá", pensó Calixta.

—Quiero mostrarte unas cosas. Pero antes, déjame hablar con mi esposo y las niñas para que preparen tu espacio. Eso, si... piensas quedarte hasta el amanecer, claro. Las mañanas son tan hermosas, seguro quedarás sorprendida.

—Por supuesto —mostró una enorme sonrisa. Ella no se perdería por nada del mundo una aventura como esa. Por lo menos disfrutaría de un amanecer con dragones en... en donde sea que estuviese, y luego se marcharía tras descubrir el asunto de las otras Calixtas. Uria les dio la espalda con lentitud.

—Vamos, quiero devolverte el lápiz antes de que mamá te muestre la parte divertida.

—¿Parte divertida?

Görhil comenzó a caminar hacia su "habitación", si es que podía llamársele así. Él pareció notar la pregunta en sus ojos.

—Le llamamos igual que ustedes, habitación. Aunque antes, muchos siglos atrás, no era así. Dicen las leyendas que le llamaban huecos.

—Horrible —soltó sin pensar—. Quiero decir, no es que sea malo, más bien... hueco es como un lugar oscuro, y solitario, y frío.

—Sí. Con el tiempo hemos adoptado muchas palabras de los humanos.

Cuando cruzaron todo el piso, entraron a la habitación de Görhil. Calixta no tuvo ningún problema, era bastante pequeña en comparación.

—He leído mucho sobre dragones, pero son leyendas y cuentos. Nunca pensé que... Vaya, no puedo creer que todo esto sea... todo es real, ¿cierto?

—Lo es, Calixta.

Ella lo miró a los ojos, y estos brillaban. Luego parpadeó un par de veces y miró en otra dirección, sintiendo las mejillas arder. Era una imprudencia mirar de esa forma embobada a una criatura, no importaba la situación, era cosa de educación.

La habitación de Görhil era grande, repleta de paja, y una montaña acumulada en una esquina, donde seguro era su lugar de reposo. Del techo entraba luz turquesa, oscura pero brillante, gracias al enorme tragaluz en el centro. Calixta miró al cielo, y las nubes parecían no moverse.

—Duermen también. Pero lo hacen por poco tiempo.

—¿Las nubes tienen mente propia?

—Eh, no, en realidad no lo sabemos. Decimos que duermen porque se quedan totalmente quietas durante un tiempo en la noche, luego siguen

su camino.

—Fascinante. —Calixta vio un gran cajón al costado de la pared, justo donde el dragón buscaba algo. Era tan grande, que de seguro su cama cabía dos veces allí—. ¿Ahí están tus pertenencias?

—Sí. Entre otras cosas, como tu lápiz. —Sacó la cabeza y se lo entregó—. Mi hermana, Rulpa, sopló sobre él y dejó un grabado. No tuve tiempo de decirle que no debía hacerlo.

Calixta lo tomó y le dio vueltas, viendo una escritura extraña a todo lo largo del lápiz. No pudo identificar lo que decía, la escritura parecía ser una mezcla de chino, ruso y caligrafía inglesa.

—Dice: "Propiedad de Cali". Si quieres puedo pedirle que lo quite. Solo ella puede hacerlo.

—No. Es hermoso así. Me gusta. —Calixta lo vio con ojos brillantes. El grabado era único—. ¿Y si regreso a casa se borrará?

—No. Es permanente. La única diferencia es que no brillará como ahora.

—Hola.

La dragona más pequeña saludó con inseguridad, con las patitas hacia dentro de su cuerpo. Ella debía ser Rulpa. Calixta reconoció su voz.

—Hola. Tú... ¿por casualidad fuiste quien me estuvo cantando antes de cruzar la primera vez?

—Sí —soltó una risita infantil—. Görhil dijo que te daría más confianza.

—Pero qué soplona. —El dragón bajó la cabeza y luego miró a su hermana con fastidio—. Se suponía que no dijeras eso, saki.

—No soy ninguna saki. Tú eres el saki más grande de todos. Deberías contarle la vez que rompiste todas las luces exteriores de la casa.

—¡Estaba sacándome de encima un troyen!

—Disculpa, ¿qué es saki y troyen?

—Un saki es lo que ustedes llaman tonto —le explicaba Görhil a Calixta—, y los troyen son como unos mosquitos gigantes, muy fastidiosos.

—Se pegan al cuerpo y muerden —dijo Rulpa entre risas.

—Entiendo. —Calixta miraba divertida la discusión de los hermanos sobre quién era más saki—. ¿Por qué mejor no me explican cómo evitar un troyen?

Ambos hablaron a la vez, hasta que Uria apareció, mostrando alegría. Definitivamente ella era la versión dragón de su madre.

—Ya tenemos todo listo. Hemos preparado una cama para ti, cerca de la chimenea para que no pases frío.

—Muchas gracias. Son todos tan amables por alojarme en su hogar.

—Bueno, creo que sería mejor idea que descansemos ahora, y en la mañana, luego de que veas el espectáculo del amanecer, te muestre varias cosas interesantes. Iremos al Valle de Löar.

—Estoy tan ansiosa que no creo poder pegar el ojo. Pero descansar me parece mejor ahora, todo esto me ha mantenido enérgica por mucho rato.

—Dormirás bien, Cali —le dijo Görhil con cierta complicidad.

Guiada por la madre, Calixta llegó a su cama provisional. Pero era increíblemente cómoda, hecha de madera de roble y acolchonada con un saco de lana. ¿Cómo tenían algo así? Ya preguntaría después. Le agradeció estar cerca del fuego, porque el frío ya se sentía.

—Una de las niñas te despertará para que veas el amanecer, en caso de que el canto de las aves no te despierte.

Le dio la espalda y se marchó a dormir. Todo ya estaba en silencio, y los candelabros se apagaron por su cuenta. Ahora solo se escuchaba el leve crujir de la leña, y los grillos afuera. Entonces, vio cómo las llamas formaban figuras parecidas a diminutas personas, danzaban alrededor del centro de la leña. Junto a ellas escuchó una suave canción. No tenía la menor idea de dónde provenía, pero era una melodía suave y alegre.

Y con el apacible arrullo del canto quedó dormida.

Capítulo 4

EL VALLE DE LÖAR

Calixta abrió los ojos lentamente, se removió bajo la manta de hilos gruesos que le dejó Uria y estiró sus extremidades. Ya no tenía sueño, y estaba fresca y relajada. Aún no podía asimilar todo, ¿estaba realmente en otra dimensión? Miró a su alrededor: todo estaba en silencio. La chimenea apagada, ninguna luz, excepto la que entraba por las ventanas. Justo en ese instante comenzó a escuchar el canto de las aves, un silbido tan fino y delicado que parecía ser la melodía de una voz infantil en perfecta sincronía.

«Ha de estar amaneciendo».

Bajó de la cama, se puso las pantuflas y se dirigió a la puerta. Al salir se encontró con el cielo turquesa, intensamente claro y repleto de nubes azules. Sí, azules. Tapó sus ojos con la mano sobre la frente a modo de visera. Y sí, todo era real.

—Desde la cima podrás ver mejor. —Görhil apareció a su espalda.

—Oh, buenos días. ¿A dónde debo subir?

—Ven.

Gracias a que la casa de los dragones era al estilo hobbit, podían caminar hacia un lado y subir por el césped, con mucho cuidado de no tumbar las esferas sostenidas por los hilos. Mientras subían ella aprovechó para observarlas. Ahora parecían estar apagadas, aunque por dentro se movía una mezcla de colores opacos. Podía admirar los copos de los árboles y los altos pinos. Entonces, al llegar a la cima, contempló la hermosura más perfecta que jamás hubiera visto antes.

—Bienvenida al Valle de Löar —anunció el dragón con júbilo.

Un enorme valle se mostraba vivo y despierto. Todo cubierto de césped fresco y millones de florecillas. Había chozas de madera, otras de piedra, tan grandes o un poco más pequeñas que la casa bajo sus pies. El sol estaba saliendo, pero éste no era de un naranja amarillento, sino blanco. Múltiples aves iban de un lado al otro, algunas eran de colores vivos; otras, blancas como la nieve, o de colores completos como verde, azul o rosa. También vio a las mariposas bañadas de colores translúcidos, ardillas que subían a los árboles, y a lo lejos vio pequeñas hadas que viajaban con entusiasmo, regando un polvo fino y rojo. Podía oler la frescura del amanecer, del rocío que dejó la noche, de los musgos y la

madera talada. Cerró los ojos un instante para capturar el momento.

—Ahora viene la mejor parte.

A las últimas palabras de Görhil, Calixta abrió su boca sin creer lo que veía. Desde el cielo caían franjas de colores, directas al suelo. Era una especie de arcoiris vertical que caía desde lo alto y se fundía con los charcos de agua limpia en distintos puntos del valle. Observó también un río, nacía desde lo alto de una colina y bajaba hasta perderse entre los peldaños al oeste. Era mágico.

—Todo esto es... —comenzó a decir Calixta emocionada.

—¡Increíble! —exclamó Rulpa a sus espaldas—. ¿Quieres subirte a mi lomo? Puedo darte un paseo.

—Eh, sabes que aún no estás lista —protestó Görhil.

—Pero papá dijo que...

— Papá solo ha dicho que vas mejorando.

Un ave planeó cerca de la cabeza de Calixta, y ella se inclinó por instinto, viendo cómo se alejaba.

—¡Buenos días, Cali! —Uria salía de la casa—. Te hemos preparado algo de comer. Tenemos una reserva especial para humanos.

—¿En serio? Vaya, ustedes están listos para todo —dijo ella con emoción. Comenzó a bajar con precaución, Görhil y su hermana la seguían.

—En la cesta tienes pan, queso, frutas y agua. Mi esposo estará preparando la gallina para más tarde.

—¿La... gallina?

—Sí. ¿No es eso lo que comen al otro lado? Puedo decirle que no la mate.

—Eh, no, está bien. Es que allá le decimos pollo. Gallina es cuando aún está viva. —Calixta intentó relajar los músculos de su cara, pero la situación le resultaba de lo más graciosa.

—Listo. Entonces tendremos pollo asado para la tarde, porque pasarán varias horas con lo que te mostraré.

Rulpa entró a la casa y salió deprisa, sosteniendo la cesta. Se la entregó a

Calixta y ella la aceptó esbozando una sonrisa.

—Sabemos que andas en ropas de dormir. Aquí no tenemos algo adecuado, pero seguro encontraré lo que necesitas en el Palacio de Homos.

—En ese lugar está todo lo relacionado con los humanos que han cruzado aquí, en especial las Calixtas —le dijo Görhil.

—Sí. Te gustará. Es como una enoorme casa de libros.

—Biblioteca, Rulpa. Los humanos le llaman biblioteca.

—Hay otras cosas interesantes —intervino la madre—. Pero vamos, no perderemos tiempo.

—¿Está lejos?

—Cali, tendrás un paseo especial en mi lomo —le dijo Uria, inclinando todo su enorme cuerpo de dragona.

—Yo... eh... ¿segura?

—¡Claro!

Calixta se acercó a Uria. ¿Realmente iba a subir a un dragón? El destino le estaba regalando demasiado, y recordó lo que su madre le decía tantas veces: lo que fácil viene, fácil se va. Pero este no podía ser el caso, porque todos ellos estaban felices con su presencia, como si ese tiempo lo estuvieran esperando desde hacía mucho. Sacando los pensamientos de un manotazo, subió al lomo de Uria. Se sentía extraña, sentada sobre el final de su largo cuello y rodeándolo con sus brazos.

—¡Estoy nerviosa!

—Tranquila. Disfruta el viaje, será corto.

Las alas de Uria se desplegaron, quedando a los costados de Calixta. Eran tan grandes y hermosas, ligeramente gruesas y con una singular garra al extremo de ellas. La piel escamosa le provocaba cosquillas en las piernas.

—¡Hora de irnos!

Y con el anuncio dio un salto hacia el cielo. Calixta gritó de emoción, sintiendo la brisa fresca azotar su rostro. Rulpa iba al lado derecho, mientras Görhil volaba con facilidad al izquierdo. Bajo sus pies el valle se veía pequeño, las manos de Calixta podían tocar las nubes si las extendía, pero estaba más segura y confiada sujeta al cuello de Uria. Pasearon a la

redonda, vieron otros dragones salir de sus hogares.

—¡Ahora iremos al Palacio! —dijo Uria por encima del viento.

Dieron media vuelta, en dirección al oeste. Las montañas se elevaban y tras ellas, Calixta vio una alta y fornida estructura de piedra maciza. Parecía un castillo, con pequeños ventanales oscuros, amurallado, unas enormes puertas de madera y hierro, y sobre los aleros, justo bajo los picos, gárgolas de piedra cuidaban el palacio. Ella se preguntó si también estaban vivos, pero al parecer no.

—Algo ocurre. Bajemos a preguntar —dijo Görhil.

Calixta miró la entrada con cautela, intentando divisar las dos altas figuras que sostenían largas espadas. Sus flequillos en la frente no le dejaban ver bien, tener una melena ondulada y alborotada en los aires no ayudaba mucho. Los tres dragones descendieron y la joven humana fue observando con claridad quiénes eran los guardianes con espadas: ángeles.

—¿En realidad son... ángeles? —preguntó ella al tocar el suelo. Uria se inclinó para que Calixta bajara segura.

—Lo son —respondió Rulpa—. Pero no muy amistosos. —Uria le dio una mirada severa.

Calixta los miraba con asombro e incredulidad. Eran exactos como los representaban al otro lado del espejo, con enormes alas blancas y flecos en las puntas, de vestiduras pulcras que tapaban casi por completo sus pies, y rostros apacibles pero seguros.

—¿Qué está pasando? —preguntó Görhil.

El ángel de la derecha era de cabello rubio, tez blanca y ojos azules, justo el rostro de un ángel. El de la izquierda tenía ojos miel, cabello café y tez de color canela. Ambos estaban firmes.

—El palacio permanecerá cerrado hasta que se asegure la zona —dijo el ángel de la derecha con un tono serio.

—Han roto la muralla segura del Limbo y se estiman seis desertores. Aún no sabemos a dónde huyeron —dijo el de la izquierda, con el rostro un tanto más conciliador.

—¿Limbo? ¿Dijo lim...bo? Por favor, díganme que es una broma.

—Calixta, creo que no te hemos dicho con exactitud cuál es este lugar, esta dimensión —le respondió Uria, alarmada por la expresión de pánico

de Calixta.

—Eh, no te asustes —Görhil se le acercó—. Ustedes, los humanos, le llaman así. Por alguna razón los ángeles también. Nosotros preferimos llamarle a este lugar Harresë, que curiosamente descubrí es una traducción del...

—¿Entonces esto es el limbo?! ¿Ese limbo? Dios, estoy muerta, eso lo explica todo. ¡Todo!

Los ángeles miraron a Calixta sin inmutarse, Rulpa preguntó por lo bajo quién era Dios y Uria le explicaba con rapidez la versión corta, ya que eso incluía a los ángeles y toda una historia de siglos y siglos. Görhil se detuvo frente a Calixta y abrió sus alas para posarlas sobre los hombros de ella. De esa forma solo podían verse cara a cara, sin ninguna distracción.

— Esta dimensión es el limbo, sí. Has cruzado al Valle Löar, es una de las entradas más hermosas que existen aquí. Pero hay más.

—¿Más... entradas?

—Así es. El espejo azul te ha llevado aquí, a la zona este, que componen cuatro Valles y Löar es uno de ellos. Luego están las Montañas, al norte y sur, y al oeste los Desiertos y los Campos. Pero me tomaría bastante tiempo en explicar.

Calixta intentaba procesar toda la información, pero su cabeza estaba a punto de explotar. Seguía escuchando las voces de Uria y su pequeña, mientras los guardianes seguían tan serenos cual estatuas.

—Calixta, estás viva, ¿de acuerdo? Estar en el limbo no es sinónimo de muerte. Ese es un cuento de los humanos.

—¿Y por qué custodian el palacio? —preguntó en voz muy baja. Pero ella quería la respuesta de los ángeles, así que alzó la voz, salió del refugio de las alas de Görhil y volvió a preguntar para ellos:— ¿Por qué cuidan el palacio?!

—Porque las almas que cruzan al limbo deben esperar ahí para ser evaluadas. Si cruzan las murallas se vuelven parte de esta dimensión y no podrán seguir el camino.

Entonces el otro agregó:

—Que un humano se haga parte de este lugar, sin que sea antes aceptado, representa un peligro para todos. No están diseñados para quedarse aquí, rompen el balance de la existencia y terminan

convirtiéndose en...

—¡No lo digas! —exclamó Görhil, produciendo gruñidos y soltando aire seco y pesado por la nariz.

—¿Decir qué? —Calixta miró severamente a los ángeles— ¿Acaso ya ha pasado antes?

—Ha pasado antes —dijo el ángel de ojos azules, en un tono frío y pausado—. Hace cientos de años, en la temporada diluviana. Los desertores huyeron a las Montañas y mis hermanos, junto con la ayuda de dragones y espíritus del Campo, tuvimos que detenerlos. Pero fueron días oscuros.

A Calixta le temblaba el ojo derecho. Su aventura se estaba transformando en algo parecido a una pesadilla, pero sin la parte donde la muerte acecha y amenaza con devorarte vivo. Si dejaba su mente correr y tenía en cuenta el plano donde se encontraba, seis desertores no eran nada en comparación a las miles y miles de almas que, con gran probabilidad, pasaban por allí. Prefirió pensar que los ángeles tenían la situación bajo control, tenía que pensarlo, o los nervios le harían comerse las uñas. Pero en el fondo, en una esquina de su ser, la curiosidad era quien la devoraba viva.

Capítulo 5

REGRESAR A CASA

En el exterior de la casa, sobre la leña y el fuego abrasador, Gödmel preparaba la gallina en un enorme caldero... En realidad terminó echando una docena de ellas. Las movía con un gran cucharón de madera, ocasionando burbujas sobre el sabroso caldo, cuando observó a lo lejos la llegada de sus hijos, la esposa y la pequeña Calixta. Iban de prisa y dejó de remover cuando tocaron tierra.

—¿Qué ha pasado? Pensé que tardarían más.

Uria se inclinó y Calixta bajó de su lomo.

—Hay una fuga, papá —repuso Görhil—. Al parecer son seis desertores.

—Vaya... Eso es malo —vio la expresión de Calixta y enseguida quiso corregirse—. No tan malo, en realidad.

—Eso huele muy bien, señor —dijo la chica, pasando por alto su comentario.

—Pues me alegro, Cali. Pero nada de señor, por favor. Tengo 100 años pero aún no soy un viejo dragón.

Calixta estaba frente al caldero y Gödmel continuó removiendo. Uria se disculpó a entrar a la casa con Rulpa y Görhil se quedó quieto junto a Calixta.

—¿Cien? —abrió los ojos.

—Claro.

—Es que... nosotros no duramos tanto tiempo —hizo referencia a sus iguales.

—Eso es porque no se alimentan bien, comen cosas extrañas. Tengo entendido que meten las patatas en aceite caliente, ¡y luego se las comen! —dijo con gran preocupación, como si aquello fuera prohibido.

—Ah, las patatas fritas. Son deliciosas.

Calixta sabía que estaba dándole largas al verdadero asunto. El olor delicioso no podía quitarle de su cabeza las preguntas y, ahora, el leve miedo de los desertores llegaba para quedarse. Ella podía irse de allí y no volver, era fácil pero, ¿y ellos? No estaba segura de cuán peligroso era el

hecho de las almas humanas corriendo por ahí sueltas.

—Gödmel, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Seguro, Cali.

—¿En qué se convierten las almas humanas si no son evaluadas y se quedan vagando aquí?

—Calixta, no querras saberlo —intervino Görhil en un acto que parecía ser protector, igual que lo hacía su padre.

—Ella tiene derecho, hijo. De todas formas se va a enterar.

—El palacio está cerrado, tienen a dos ángeles allí, padre. Sabes lo que eso significa, podría ser igual que la última vez.

—Oigan... —Calixta alzó la voz, sintiendo los nervios en su pecho— Yo podría irme justo ahora, dejar todo este asunto, pero por alguna razón estoy aquí, ¿no? Y ustedes han sido tan gentiles conmigo. Creo que al menos merezco saber algunas cosas.

Görhil volcó los ojos, un acto tan humano y gracioso que hizo a Calixta morder su labio superior y ocultar la risa.

—Ella tiene razón, hijo. Debemos ayudarla a entender todo esto mejor.

Los pajarillos se escuchaban silbando con gracia tras los pinos. El sol blanco se ocultaba entre las nubes. Probablemente eran cerca de las doce del día, si es que el tiempo funcionaba igual. Gödmel se sentó sobre sus patas traseras, muy cerca de un tronco caído, dejando de remover el caldo. Enrolló su cola y se dispuso a relatar.

—Tengo entendido que ustedes, los humanos, llaman a este lugar El limbo. En realidad se llama Harresë —Görhil le dio esa mirada de "te lo dije"—. Nos dividimos por distintas áreas: el Valle Mentür, Valle Löar, Valle Belbäc y Valle Sergül dominan el oeste, luego el Campo Tëmdar, Campo Hümdar, Desierto Siltën y Desierto Cör al este, las Montañas Secas al norte y finalmente las Montañas Blancas al sur.

—Vaya, son nombres muy raros —dijo Calixta, mientras sostenía en su dedo una diminuta mariposa—. Quiero decir, no son comunes al otro lado del espejo.

—Lo sé, y eso está bien —sonrió Gödmel—. El Imperio Harresë es el centro de todo. Es allí donde llegan las almas humanas para ser evaluadas. Se decide quién va al descanso eterno o quién puede quedarse

en los campos, que es donde están los humanos.

—A ver si entendí. Las almas aceptadas a quedarse... ¿no van al cielo?

—No. El cielo es otro cuento humano, algo que se han inventado para que ustedes tengan esperanza. En los campos es donde encontrarás humanos que han optado por quedarse, ya que, al ser aceptados, ellos deciden al final lo que quieran. Te sorprenderá saber que no todos aprovechan la oportunidad.

—Y... cuando dices descanso eterno, ¿te refieres a la muerte? —ella temía conocer ya la respuesta.

—...

—Eso es un sí —respondió Görhil por su padre—. Las almas desaparecen para siempre.

—¿Y si escapan como ha sucedido ahora?

—Se convierten en demonios.

Los ojos de Görhil chisparon ante su propia respuesta. Por alguna razón Calixta tuvo la sensación de que aquella palabra lo ponía muy incómodo.

—¿Y... —ella prefirió no hacer la pregunta que realmente deseaba— quién gobierna en el Imperio?

—Bueno, dicen que el mismísimo Yertum, pero nunca nadie lo ha podido asegurar. Las murallas están diseñadas para que nadie entre ni salga.

—¿Pero cómo han podido escapar?

—Es una buena pregunta —dijo Görhil.

Gödmel sopló el fuego un poco más y las llamas se intensificaron. Ya el olor era muy delicioso.

—Entonces... sobre las Calixtas. Han mencionado eso y la verdad es que me tiene intrigada.

—¡Ja! Y no es para menos —dijo el dragón mayor—. Verás, anterior a ti hubo una Calixta, tu bisabuela. Ella nos ayudó mucho, en especial a conocer los dotes culinarios de ustedes. Le encantaba dibujar, de hecho, ahora que recuerdo, hizo un dibujo del espejo azul. Oh, era una niña encantadora. Pero antes de ella hubo otras más, todas con el mismo

nombre y cada una de ellas ha dejado un legado.

—Vienes de una descendencia especial, Cali —Görhil le habló tranquilamente—. Tú eres especial.

Calixta sintió el hervor en su rostro y el aire que ya no pasaba por su nariz. Gödmel vio el color intenso en las mejillas de la joven y el movimiento nervioso de sus manos.

—¿Estás bien?

—Yo, eh... Yo no sabía nada de eso. Sé que mi bisabuela se llamaba igual que yo y recién me enteré de sus dibujos, justo antes de venir. Pero...

—dejó las palabras a medias.

—¿Pero?

—Mis padres nunca mencionaron nada sobre mi bisabuela y este lugar.

—Bueno, quizá no saben nada.

—O han querido esperar —comentó Görhil.

—Pues, mis padres me han dicho muchas veces que tengo un nombre especial, elegido solo para mí.

—¡Ah, pues lo saben, pequeña! —exclamó Gödmel con emoción—. De eso no hay duda. Esto ya está listo —dejó de remover en el caldero y apagó el fuego, exhalando hacia las llamas sin ningún esfuerzo para apagar todo rastro—. ¿Quieren comer ya?

Calixta afirmó con la cabeza, al igual que Görhil.

—Muy bien. Iré por los recipientes. No hagan trampa, no vayan a probar antes.

El gran dragón gris les dio la espalda, caminando con tranquilidad y meneando la cola tras de sí. Calixta miraba el suelo, observando detenidamente las hojas púrpura y su brillo sin saber qué más decir. Creció odiando su nombre, pensando que era una pesada broma de la familia. Su bisabuela Calixta, la bisabuela de esta, también Calixta y quién sabe cuántas más, quién sabe desde cuándo. Görhil la miraba con sumo cuidado, repasando cada detalle. "Esta Calixta es especial sin duda", pensó. Luego se dio cuenta que ella lo miraba.

—Sé que ha sido una impresión lo que mi padre te ha dicho, teniendo en cuenta que los tuyos no te comentaron nada. Pero no les tengas recelo,

seguro han esperado el momento justo para sentarse a conversar.

—Y... tú, ¿cuántos años tienes? No me digas que cincuenta, porque me echaré a reír.

Las palabras de Calixta sacaron de concentración a Görhil totalmente.

—¿De todo lo que me puedes preguntar te inclinas por eso? —se echaron a reír juntos.

—Bueno, es que necesito... Yo, eh —se pasó las manos por el cabello suelto, acomodando varios mechones y dejando sus ojos más visibles —, lo siento, hago preguntas tontas cuando estoy nerviosa o tensa.

—Tengo quince.

Se produjo un corto silencio y luego Calixta explotó en risas. No podía detenerse, incluso tuvo que sostener su panza como si ésta se le fuera a salir a causa de la risa.

—Diossss, no lo puedo creer. Discúlpame, en serio. Es que, ¿de veras, quince? ¡Soy mayor que tú!

—Oye, quince años aquí son veinticinco al otro lado del espejo. Así que técnicamente soy mayor.

—¿Y cómo sabes eso?

—Ah, es parte de algunos secretos que tengo —dijo alardeando y mostrando sus dientes.

Calixta continuó con las carcajadas, pero todo se detuvo al ver al padre de Görhil correr hacia ellos con preocupación. Toda alegría se borró de inmediato.

—Verlam ha desaparecido. No la encontramos en ningún lado. Tu madre está nerviosa. Con todo el asunto de los desertores... Hijo, tenemos que buscarla.

—Yo iré —Calixta se puso de pie y sacudió su pijama.

—No es seguro —repuso Görhil.

—Pero no me quiero quedar de brazos cruzados.

—Cali, debes asegurarte de que ninguna alma te toque. Si lo hace...

—Gödmel no se atrevió a continuar.

—Si lo hace —Görhil tomó la palabra— podrá ocurrir una de dos cosas: que absorba tu humanidad, parte de tu alma, o que deje en tu piel una tremenda marca de quemadura. En el segundo caso vivirás, pero en el primero no.

Aquello sonaba violento. ¿Cómo en un lugar tan hermoso podía ocurrir algo semejante? Si lo miraba de otra forma, ella estaba en el limbo, un sitio enigmático y misterioso, con sus propias leyendas urbanas al otro lado del espejo y era lógico que la parte hermosa solo fuera la tapadera de algo oscuro y triste, como lo eran las almas en pena, vagando y esperando su juicio.

—Creo que al final todo se trata del bien y el mal y sus decisiones —susurró para ella, tan bajo que ni Görhil pudo entenderla bien—. ¡Iré a ayudar!

Tras algunas quejas por parte de Görhil y las advertencias de Gödmel, al fin se marcharon a buscar a Verlam. El padre se fue solo, tomando un camino hacia el sur, mientras que Görhil acompañaba a Calixta en su caminata hacia el norte. Uria y Rulpa se quedaron en la casa por si la hija perdida regresaba.

No era mucho lo que Calixta podía hacer, ella no tenía alas, tampoco un súper olfato, mucho menos tenía fuego para defenderse. Pero estaba decidida y era suficiente. "La determinación y persistencia es lo que te lleva al éxito", recordó las palabras de su padre.

El camino al norte era majestuoso. Se podía observar el valle, con sus pequeñas montañas y grandes laderas y un césped repleto de florecillas. Cruzaron un diminuto riachuelo que nacía de entre las rocas y se perdía más abajo, al este. Todo tan frondoso. Calixta y Görhil cruzaron piedras rojas, verdes y azules, buscaron bajo los arbustos y miraron las ramas rotas que parecían ser producto de una persecución. Ya estaban bastante alejados.

—Ella estuvo aquí —dijo Görhil, oliendo el suelo.

—Mira, allí hay pisadas.

Muy cerca, en un claro que se hallaba tras los árboles y ramas caídas, Calixta vio las claras pisadas de un dragón. Procuraron ir en silencio, estando alerta.

—Este claro es el límite. Al cruzarlo estaremos en Mentür y no creo que

Verlam esté allá.

Calixta observaba el letrero que marcaba el límite cuando de pronto, a sus espaldas, se escuchó el lamento de alguien. Era un alma. Calixta se dio la vuelta dando un salto de susto y lo vio, era translucido, incluyendo la ropa. El rostro se veía cansado y los ojos oscuros, sin el brillo de la vida. Estaba allí, quieto, sin decir nada, mirando a Calixta fijamente a los ojos. Görhil se acercó más a ella y abrió sus alas para dejarlas sobre su cabeza, mostrando superioridad.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —preguntó Görhil. Pero el alma no le respondió.

— ¿Qué le has hecho a Verlam? —Calixta tuvo la sensación de que respondería a esa pregunta. Y así sucedió.

—Verlam... sí —dijo aquella alma arrastrando las palabras—. Intentó matarme.

Görhil arrugó la frente y la nariz. Algo no cuadraba, el alma estaba serena, su voz era misteriosa pero apacible y mencionó a Verlam como si la conociera de antes. Las almas no conocían nada fuera de las murallas.

—¿Puedes decirme dónde está ahora? —le preguntó Calixta.

—Tú... debes ser Calixta —el alma dio varios pasos al frente, pero no llegaba a tocar el suelo, más bien pasaba por encima sin aplastar una sola hoja—. Debes ayudarme.

—¡No te acerques más! —gritó el dragón.

—¡Tú tienes que ayudarnos! —gritó el alma sin importarle la advertencia del dragón.

De la nada, Verlam apareció tras el alma y extendió sus alas. La figura translúcida, en un acto reflejo, avanzó en un abrir y cerrar de ojos hacia Calixta y tocó su antebrazo.

—¡Aaahhh! —gritó, sintiendo el ardor bajo la tela de su camisa.

—¡Detenlo, Verlam! ¡Detenlo! —gritó el dragón, alejando a Calixta del alma, pues ella se había doblado de dolor.

—Ayúdanos —pidió el alma una última vez.

Verlam comenzó a succionar el alma y este se iba convirtiendo en una simple figura de humo. Pero no podía hacerlo por mucho, puesto que le quemaba toda la boca y garganta, un efecto parecido a la quemadura que

el alma dejó en el brazo de Calixta.

—Te sacaremos de aquí —le dijo el dragón, ansioso y con furia—. No sé cómo ha podido quemarte a través de la tela.

Pero al darse la vuelta se toparon con lo impredecible: las otras cinco almas estaban allí. Görhil y Calixta se vieron acorralados. Verlam dejó de retener el alma, tosiendo bolas de humo negro, residuo del fuego apagado. Tenían pocas opciones, ellos eran solo tres contra seis almas.

—Nos ayudarás aunque no quieras, Calixta —dijo la primera alma, volviendo a su figura habitual.

Pero ella no podía responder, el brazo le ardía. Fue entonces cuando los hermanos dragones se miraron y solo bastaron tres segundos. Verlam rugió, produciendo estruendo en todo el claro y Görhil alzó vuelo, tomando a Calixta de sus hombros con las patas traseras. Ella no se dio cuenta, todo pasó velozmente cuando ya estaba en el aire.

—¡Tienes que entrar al espejo! ¡Te sacaré de aquí!

Calixta no tuvo tiempo de responder. Vio bajo sus pies cómo Verlam agitaba sus alas y expulsaba fuego a las seis almas que intentaban correr hacia ella.

—¡Tenemos que ayudarla! —gritó Calixta.

— ¡Ella estará bien! ¡Ahora tenemos que...!

Görhil fue golpeado por algo. Iban cayendo precipitadamente. El dragón se aseguró de abrazar a Calixta y cuidarla de la caída.

—¿¡Pero qué demonios?!

Golpearon el suelo con violencia, formando un hueco bajo ellos. Pero no podían detenerse allí. Sea lo que sea, el objeto lastimó el ala derecha del dragón.

—Sigue corriendo, Cali. No te detengas.

Comenzaron a correr. Ella iba tapando su rostro para que las ramillas no la cortaran mientras Görhil, con su ala izquierda, azotaba piedras y troncos a su espalda para lanzarlos a los pies de las almas que iban a por ellos.

Se escuchaban los lamentos. Se escuchaban las súplicas. Tan cerca... más

cerca... y las piernas de la chica iban tan rápido como podía.

—No te detengas, Cali. Ya casi llegas.

—¡Pero no quiero irme! ¡Tengo que ayudarlos! —Saltó varios troncos, algunas ramas y hojas se pegaron a su pantalón de lana.

—Nos volveremos a ver, Cali. Lo prometo.

El espejo Azul ya se divisaba. Solo un poco más y estaría al otro lado. Ya no se escuchaban las almas tras ellos. Cuando por fin llegaron al muro que sostenía el espejo, solo entonces Calixta pudo tomarse un respiro. Görhil miraba a todos lados.

—Están cerca, los puedo sentir. Tienes que irte ya. Cerraré el espejo, ellos no pueden cruzar bajo ninguna circunstancia.

—¿Cerrarlo? —su expresión era de espanto—. ¿Cómo?

Pero él no le respondió la pregunta.

—¿Tienes el lápiz con el grabado?

—Sí.

—Cuidalo bien, Cali. Y sé creativa —las almas volvieron a aparecer, acechando entre los pinos—. ¡Hora de irse!

Calixta estaba frente al espejo. Miró atrás una última vez, Görhil sopló fuego, directo hacia ella. Y por la adrenalina y el susto de aquel acto, estiró la mano para meterla por el espejo. Al instante estaba en el sótano. Abrió sus ojos de inmediato, preguntándose por qué no habría aparecido en su cama. Entonces se incorporó de prisa y miró el espejo azul. Pero este ya no era azul. Su corazón bombeaba fuerte al ver los últimos reflejos de Görhil, al otro lado, soplando fuego al cristal mientras algunas almas se le echaban encima. Rápidamente el espejo se convirtió en un simple cristal gris, sin reflejo ni brillo.

—Por Dios... —Calixta, sobre sus rodillas y las manos en el suelo, intentaba contener todo el tren de emociones. Entonces lo supo: ya no podría cruzar.

Sintió una lágrima correr en su mejilla, pero la apartó de inmediato. Se incorporó, sacudió su pijama, y se prometió descubrir todo lo que podía sobre el limbo, o como en realidad se llamaba, Harresë. Tocó el espejo una última vez, negando lo que veía, pero nada era más cierto.

Aún con el pecho agitado subió los escalones. Una vez llegó al tope, la compuerta le dio paso a su habitación. Y todo estaba igual, intacto. Miró el reloj digital, eran las 10:32 de la noche. No era buena idea despertar a sus padres a esa hora para hablar con ellos sobre... ¿sobre qué?, ¿dragones?, ¿almas en pena?, ¿un portal al limbo? Sin saber qué hacer se dirigió a la habitación de ellos, la puerta aún estaba abierta y la tele encendida. Sus padres reían ante el chiste del humorista, pero al ver a Calixta, con la pijama llena de ramas y hojas púrpura, y su aspecto desaliñado, apagaron la tele y salieron de la cama en un santiamén.

—Dios mío, hija, ¿qué te ha pasado?

—¿Estás bien? ¿Por qué estás nerviosa?

Entonces Calixta les mostró el lápiz con el grabado, aun mirando el suelo.

—No me van a creer si les digo que esto lo ha hecho una pequeña dragona.

Los padres estudiaron el grabado en silencio, luego se miraron, con esa complicidad tan natural en ellos. Ambos le sonrieron.

—Calixta, creo que ya es hora de que hablemos sobre unas cosas.

—¿Qué... cosas? —preguntó curiosa.

—Oh, pequeña, hemos esperado mucho este momento.

La madre corrió emocionada hasta el armario. Se puso de puntas, intentando alcanzar una caja de zapatos. Cuando logró tumbarla sacó un pequeño diario. Lo acarició un momento y volvió a su hija.

—Era de tu bisabuela.

Se lo entregó, y Calixta vio la primera hoja del diario que decía "Harresë", escrita a lápiz. Supo que por fin descubriría muchas cosas.

Supo que su aventura apenas comenzaba...

¿FIN?